

la tercera sección, «Memoria y diáspora», se incluyen las colaboraciones de María Solera Sola (teatro concentracionario de M. Aub), Sara Polverini (análisis del tratamiento dispensado a la Guerra Civil en las novelas de Almudena Grandes), Marta Kobiela-Kwasniewska (memoria histórica sobre la Guerra Civil en las obras de D. Chacón y J. Cercas) y Dirk Brunke (memoria y las autoficciones de J. Llamazares). Dos últimos trabajos del volumen – el primero de ellos de Amelia Serraller Calvo, dedicado a rastrear la presencia de la minoría sefardí en Polonia, y el segundo, de Xoán Manuel Garrido Villaraño, sobre la labor de las hermanas Lola, Amparo y Xulia Touza-Domínguez, que crearon una red clandestina de auxilio a los judíos europeos durante la Segunda Guerra Mundial– están consagrados al tema de la diáspora judía.

En suma, la publicación confirma que el debate acerca de las experiencias que labraron el siglo xx, tanto español como europeo y latinoamericano, está llamado a seguir suscitando estudios científicos que, desde múltiples enfoques, deberían dar pie a debates críticos e informados sobre los desafíos de nuestro pasado y de nuestro presente común. Solo mediante intercambios internacionales de conocimientos y perspectivas de estudio y análisis, como los reflejados por el volumen que nos ocupa, será posible avanzar hacia una comprensión más profunda de la historia del traumático siglo pasado. ■

Olga Glondys

Sextante. Poesía recogida de seis autores hispanoamericanos

LÓPEZ AGUILAR, Enrique (editor y compilador) y VEGA, Gerardo (colaborador). *Sextante. Poesía recogida de seis autores hispanomexicanos*. Colección «Los ríos que dan a la mar», Universidad Autónoma Metropolitana de Azcapotzalco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, con la participación del Ministerio de Empleo y Seguridad Social, Secretaría General de Inmigración y Emigración, Ateneo Español de México y Ediciones y Gráficos Eón. México, primera edición de mayo de 1913.

Los dos artífices de esta interesante antología de poetas del exilio republicano español de 1939, Enrique López Aguilar y Gerardo Vega, realizan una introducción o «nota preliminar» muy jugosa donde cuentan su vinculación con la Universidad de Azcapotzalco y con los autores seleccionados para la misma, ofreciendo los datos esenciales y relevantes que caracterizaron a esta generación: un buen grupo de poetas (algunos geniales) unidos por la tragedia histórica que supuso el exilio obligado tras la derrota de los republicanos en la larga Guerra Civil española de 1936.

Muchos de estos poetas e intelectuales nos han ido dejando en los últimos años, aunque algunos otros viven, jubilados o no. Todavía permanecen activos varios de ellos, como es el caso

de Federico Patán, Enrique de Rivas, Angelina Muñiz, etc.

Nos alegramos de que, desde México, se guarde memoria de ellos y felicitamos a los compiladores por esta imprescindible y necesaria tarea de recuperación, divulgación y reconocimiento. En esta labor debemos estar implicados junto a los mexicanos, más que nadie, los españoles de las ya maduras generaciones y, por supuesto, los nuevos hispanistas, tan jóvenes aún y tan llenos de curiosidad por las obras de arte literario, entre otras artes, que se hurtaron a España en los largos años de la dictadura franquista.

Hay muchos escritores de esta generación «perdida» que aún aguardan el lugar que les corresponde entre los mejores autores de su generación, a un lado y otro del Atlántico. Solo vamos a mencionar, como ejemplo, dos nombres de los «grandes escritores» que debieran tener una fama y un número de lectores y de reconocimientos que nunca han alcanzado ni en España ni en México, aunque algo se está haciendo en los últimos años para remediar la ominosa ignorancia: Tomás Segovia y Gerardo Deniz.

Relatan los editores que:

...desde nuestra formación profesional en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, hemos tenido contacto con algunos de los integrantes de la que después conoceríamos como la generación *Nepantla* –vocablo náhuatl cuyo significado, entre dos tierras, fue utilizado por Francisco de la Maza para describir a la segunda generación de exiliados españoles en México–, aquella que, por edad, no pudo elegir el exilio sino, más bien, seguir el destino de los padres (quienes integran,

estrictamente hablando, la primera generación de exiliados). Aquellos a los que conocimos eran, y algunos aún son, desde luego, maestros de la Facultad: César Rodríguez Chicharro, José Pascual Buxó, Arturo Souto, Federico Patán, Luis Rius, Adolfo Sánchez Vázquez, Ramón Xirau, Angelina Muñiz-Huberman... Pero había otros, fuera de ella, a quienes también conocimos por nuestras lecturas: Jomi García Ascot, Tomás Segovia (profesor en la UAM), José de la Colina y Juan Almela (cuyo nombre, para la poesía, es el de Gerardo Deniz). Después fuimos sabiendo de otros intelectuales, científicos y profesionistas de esa generación; también supimos que no todos aceptaban pertenecer a alguna generación, y menos a ninguna llamada *Nepantla*; finalmente entendimos que, por lo menos los escritores, tenían en México otra posición *nepantla*, pues su obra, aunque producida en este país, no era totalmente reconocida por cuestiones inherentes a los «hábitos» de la lectura poética en México o por la condición marginal de algunas ediciones o por los problemas de distribución de algunas editoriales; esa falta de reconocimiento daba a la obra de estos autores una posición entre central y marginal en el quehacer literario de México y España, no obstante la importancia de algunos nombres célebres, de manera que nos ha parecido mucho más prudente y definitorio el nombre elegido por Arturo Souto: el de *hispanomexicanos* (p. 13).

Y continúan analizando algunos casos poco conocidos, pérdidas, polémicas en cuanto a las inclusiones o no en el ámbito universitario y tendencias y trayectorias con mayor o menor continuidad:

algunos lectores y críticos mexicanos se muestran extremadamente sensibles ante la mención de la palabra academia: si el autor o el crítico del caso pertenece, por razones de su actividad laboral, a la academia —es decir, a alguna clase de institución universitaria o escolar— aparece un prurito de suspicacia en quienes no se consideran académicos y declaran colegial y cubicular cuanto se produzca, en términos de creación literaria y reflexión ensayística, dentro de este ámbito; en el camino contrario, sienten (el verbo no es casual) que ellos son considerados diletantes o aficionados: ambas son percepciones completamente erróneas que llevan a polémicas estériles.

Sobre los escritores hispanomexicanos especifican:

la mayoría hizo estudios en *Mascarones* y en las Facultades de Filosofía y Letras, Derecho, Química y Ciencias Políticas de la UNAM. Algunos *destriparon* para siempre (como aún se decía entre los años cincuenta y setenta: es decir, abandonaron la carrera) y no volvieron a ninguna licenciatura; otros cambiaron de intereses, otros hicieron dos licenciaturas. Es inevitable aludir a la Universidad y a la academia cuando la mayoría de los poetas hispanomexicanos se licenciaron, magistraron, doctoraron y prosiguieron carreras académicas en sus universidades de destino: Durán, en Yale; Blanco Aguinaga, en La Jolla; Ruiz, en diversos bachilleratos del noreste de Estados Unidos; Rius, Rodríguez Chicharro, Souto, Pascual Buxó, Perujo, Muñoz-Huberman y Patán en la UNAM, Segovia en la UAM-Iztapalapa y El Colegio de México. Otros tocaron la docencia y luego se alejaron de ella por diversas razones, pero algo

hicieron de vida académica: García Ascot, De Rivas, González Aramburu.

Bajo esa perspectiva no es que pretendamos hacer bandos entre académicos y diletantes, sino señalar el hecho, un tanto infrecuente, de que muchos de los poetas del grupo hispanomexicano hubieran realizado estudios universitarios de posgrado y se hubieran dedicado a la docencia, investigación y difusión de la cultura desde alguna universidad. Eso no significa ningún menosprecio para quienes abordaron la literatura desde otros caminos, como Nuria Parés, Gerardo Deniz, Inocencio Burgos, José de la Colina o Pedro F. Miret (quien estudió arquitectura, en la UNAM), sino señalar un nuevo signo de los tiempos: incluso Mario Vargas Llosa concluyó estudios doctorales en la Universidad Complutense de Madrid con una tesis sobre la obra de Gabriel García Márquez.

La nómina bastante reducida de los elegidos queda también argumentada en este prólogo:

Los seis escritores agrupados en este libro, *Sextante*, comparten coincidencias y tienen divergencias: todos colaboraron en la mayoría de las revistas juveniles del grupo de escritores, como *Presencia* (Blanco Aguinaga, Burgos, Gironella, González Aramburu, Ruiz), *Clavileño* (Burgos, Gironella, Rico Galán), *Hoja* (Gironella), *Segrel* (Burgos) e *Ideas de México* (Burgos), sobre todo en las dos primeras. Esa producción hemerográfica se desarrolló durante un lapso de ocho años: 1948-1956. Excepcionalmente, Alberto Gironella publicó en *Las Españas*. Casi todos pasaron por la actividad académica y docente, ya fuera de manera continua (Blanco Aguinaga, Ruiz), esporádica o informal (Burgos, Gironella, González Aramburu); dos se vincularon con la

pintura (Burgos y Gironella), dos se concentraron en la narrativa (Blanco Aguinaga y Ruiz), uno fue traductor y editor (González Aramburu) y uno más se dedicó al periodismo político (Rico Galán). La coincidencia más notoria es que ninguno, por distintas razones –salvo Inocencio Burgos–, se dedicó plenamente a la poesía. Todos incursionaron en ella y dejaron muestras de esa actividad en las revistas grupales o en otras publicaciones periódicas.

Destaca en este pequeño grupo el caso de Carlos Blanco Aguinaga (Irún, 1926; California, 2011), el primer autor seleccionado de la antología, con una poesía muy personal y de calidad, que añade novedosos matices a sus novelas, a sus ensayos y a sus últimos libros de memorias, *Por el mundo* y *De mal asiento*. Dicen los responsables de la breve selección que:

sus diversas andanzas por el mundo, su compromiso político con la izquierda, sus intereses como académico e investigador y su preferencia por la narrativa, lo alejaron del quehacer poético. Por instancias de Enrique López Aguilar se decidió a publicar un brevísimo poemario que es como una selección de obras en verso que el autor fue escribiendo a lo largo de los años o reelaborando desde la época de *Presencia* (1948-1950). Ángel José Fernández, director de publicaciones del IVEC por esos años, acogió el proyecto y así fue como, en 2007, salió a la luz *D. F. y alrededores*, que deja de lado buena parte de la obra publicada previamente en *Presencia*. Al respecto, Francisco Giner de los Ríos escribió, en 1980: «La única antología personal de estos pliegos que no conozco, porque ha llegado a *Peña Labra* casi tan a última hora como estas notas mías, es la de Carlos Blanco Aguinaga, que hace unos meses me dijo

un tanto profesoralmente –¡cómo se hubiera reído nuestro Emilio Prados!– que había abandonado para siempre sus poemas. Ahora sólo tengo ganas de verlos, cuando este número de la revista quede del todo impreso». (Francisco Giner de los Ríos, «Prefacio», en *Segunda generación de poetas españoles del exilio mexicano*. Institución Cultural de Cantabria de la Diputación Provincial de Santander, Santander, 1980. s. p. (Peña Labra / Pliegos de Poesía, 35-36).

De igual manera Roberto Ruiz es un escritor con vocación decididamente narrativa y ensayística. Leemos en la introducción que:

Su único poema conocido durante muchísimos años, «La casa», es una obra en prosa que apareció en *Presencia*. El breve poemario que se recoge en este libro, *Arenas movedizas*, debe considerarse como parte de esos ejercicios poéticos que Ruiz fue haciendo a lo largo de su vida, hasta quedarse con un corpus que no llega a la veintena de poemas. López Aguilar le escribió para preguntarle si no tendría algún «guardadito» poético escrito durante su vida y, para sorpresa nuestra, Ruiz no sólo respondió que sí, sino que envió un manuscrito con los textos mencionados. Desde luego, el autor aclaró que había hecho muchos ejercicios semejantes durante su vida, pero que eran sólo eso, divertimentos, de manera que *Arenas movedizas* es la antología personal de los mejores versos de un narrador: «Mis versos de juventud tuve el buen gusto de consignarlos a la hoguera, y los que he escrito después, para divertirme, están inéditos y sepultados en mi copioso archivo» (Roberto Ruiz. «Carta a Enrique López Aguilar». *Ms. inédito*, Attleboro, Massachusetts, 3 de octubre de 2011).

Francisco González Aramburu colaboró en *Presencia* y tanto sus compañeros de la revista como el poeta Emilio Prados lo consideraron «una de las voces poéticas más prometedoras del grupo»:

Asuntos personales lo alejaron de la producción poética y lo llevaron a la vida académica, a la traducción literaria y no literaria, y al trabajo de editor. Sus siete poemas fueron publicados en 1948, en *Presencia* (los cuatro primeros), y en 1960. Otra vez, resultan esclarecedores los siguientes comentarios de Giner de los Ríos:

«En ese apéndice que falta sin duda [...] debieran haber ido los poemas primerizos, pero reveladores, del luego gran novelista, mi siempre querido y silencioso Roberto Ruiz [...] y también los versos del joven Arámburu [sic] (¿qué habrá sido de él y su poesía?), que traté apenas en el Fondo de Cultura hacia 1950 y que publicó sus hermosos “poemas cortos” en *Presencia*, al lado de su removedora prosa “Lata de sardinas”, así como la poesía de Inocencio Burgos –tampoco he sabido más de él– [...]

De otro lado, me parece que –entre lo que escribieron aquellos ex niños (expresión de Aurora de Albornoz) del 1939-1940– habrían debido rescatarse de Alberto Gironella, que se escapó de la poesía a la pintura, es decir, a otra poesía, las dos baladas que publicó en *Las Españas*, su “Elegía española” y aquellos poemas en que –como una erótica poesía de caballete, del que colgaba viva y estremecida una “blusa pálida”– ya están cantando los colores del pintor». (Giner de los Ríos, ob. cit., s. p.)

Otro poeta seleccionado es el casi desconocido en España Víctor Rico Galán, que:

nunca dejó por completo la literatura, no obstante su dedicación al periodismo político. Escribió muchas reseñas literarias para revistas como *Siempre!*, y puede suponerse que contaba con borradores de poemas y prosa narrativa. Después de su detención por la paranoica policía diazordacista en 1966, la familia quemó todos sus apuntes y manuscritos, temerosa de que pretendiera incriminarse aún más al autor mediante el secuestro de archivos por la policía secreta. Seguramente ahí se perdieron obras inéditas de creación literaria. Los únicos dos poemas suyos que se conservan fueron publicados en *Clavileño*, en 1948.

Por otro lado encontramos al fin la recuperación de un poeta tan interesante e intenso como Inocencio Burgos. Burgos tampoco dejó de escribir poesía, aun en los años malos:

Su familia guarda varios pliegos con originales que lo prueban, aunque hay saltos cronológicos en el material conservado. Entre sus últimos poemas publicados en las revistas grupales en 1954 (*Ideas de México*) y los primeros fechados en los documentos guardados por la familia Burgos Ruiz (5 de marzo de 1976) median 22 años. Si consideramos su desaforada capacidad para escribir y su facilidad para perder manuscritos, así como su desidia para corregir y depurar, debe haber cientos de páginas dispersas o perdidas. Águeda Ruiz, viuda del poeta, cree que Águeda –su primogénita, actualmente radicada en España– tiene varios borradores más, aparte de los proporcionados por Estrella Burgos. En un artículo publicado en 1954, Arturo Souto escribió que era inminente la publicación de *Poemas a la Muerte*, en la colección *Los Presentes*, dirigida por Juan José Arreola (*infra*, p. 68, n.

3). Burgos nunca publicó ese libro ni otro alguno, así que hemos optado por el título de ese proyecto inédito para efectos de la reunión de poemas que se ofrece en *Sextante*. Los poemas seleccionados aquí incluyen los publicados en revistas y periódicos, y aquellos que nos han parecido más representativos de sus temas y su estilo en la última época del autor, o los más depurados dentro de su condición de manuscritos.

Habrà que seguir la pista dejada en este libro y lograr encontrar más textos de Burgos, así como intentar reunirlos con su obra pictórica...

De una forma más abierta y flexible al lector también le entra la curiosidad por saber más de Alberto Gironella, que aunque no es un autor propiamente hispanomexicano porque no es hijo de exiliados, aunque su padre sí fue español, estuvo en estrecho contacto con estos hijos de los refugiados en México. Y este es el motivo por el que se le incluye en la antología:

Publicó poemas en varias de las revistas antes mencionadas y siempre fue un autor cercano a los exiliados españoles y a los hijos de éstos, sus estrictos contemporáneos. Como se sabe, se dedicó de manera muy original y exitosa al trabajo pictórico, por el que es reconocido hasta el día de hoy. Su presencia en esta reunión es una muestra de esos lazos que existieron entre algunos jóvenes artistas mexicanos y los jóvenes que llegaron de España entre los años treinta y cuarenta del siglo pasado (pp. 15-17)...

Aclaran los antólogos con honestidad, audacia y llenos de buenas intenciones el motivo del título y sus objetivos:

El título de *Sextante* no se refiere a la escala de algún instrumento para medir ángulos entre dos objetos, ni abarca un ángulo de 60 grados relacionado con un sexto de un círculo completo, sino a la reunión de seis escritores hispanomexicanos que han dejado diversas muestras de su curiosidad poética, no obstante haberse dedicado a otros aspectos escriturales, académicos, políticos o artísticos. Tal vez, Burgos sería el único de ellos que hubiera reclamado el pleno título de poeta para sus quehaceres personales, aunque durante sus últimos años se encontraba mucho más volcado hacia el trabajo pictórico. Para los autores convocados aquí, la presente reunión casi tiene el equivalente de «obra poética reunida» o «completa». Corresponderá juzgar al lector la medida de lo que se «perdió» y se conservó en contraste con el relativo silencio poético de estos seis artistas que florecieron en la narrativa, la traducción, las ediciones, la pintura, el periodismo y, claro, en la vida académica (p. 17).

Tras estas esclarecedoras palabras los autores de este libro ofrecen una buena información biográfica, bibliográfica y hemerográfica de los seis autores seleccionados. Algunos, como ellos mismos ya han señalado en esta introducción, tan poco conocidos y olvidados como Inocencio Burgos o Gironella, de los que vamos a ofrecer aquí una pequeña muestra de los poemas antologados.

La nota biográfica de Burgos, como ejemplo y demostración de la labor minuciosa y seria de investigación, dice así:

Inocencio Burgos (La Llovera, 1931-ciudad de México, 1978) llegó a México en 1939 después de pasar por Francia. Estudió en la Academia His-

pano-Mexicana, fue alumno de dibujo del maestro Bardasano y tomó algunos cursos de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, aunque fue un autodidacta y nunca terminó el bachillerato. Quienes lo conocieron aseguran que su personalidad era caótica, «muy desordenada, muy indisciplinada y muy enérgica» (Eduardo Mateo Gambarte, *Diccionario del exilio español en México. De Carlos Blanco Aguinaga a Ramón Xirau*. Ediciones Eunat, Pamplona, 1997. p. 39), con muchos altibajos en su biografía personal y en su trabajo artístico: como escritor cometía algunas faltas de ortografía y su trabajo con la palabra escrita siempre estuvo regido bajo la impronta de la anarquía personal y la bohemia, lo cual lo llevó a perderse en el alcohol –en los peores momentos de su vida–. Sin embargo, para Julio C. Treviño, Burgos era «uno de los más auténticamente poetas [respecto al grupo hispanomexicano], si no por el ‘oficio’ sí por una capacidad artística que pone al descubierto [...] su lucha íntima y los temas graves de su vida...» (Julio C. Treviño (antol.). *Antología Mascarones*. Poetas de la Facultad de Filosofía y Letras. Intr., advertencia y notas de JCT, colofón de Francisco Monterde. UNAM, México, 1954. p. 31).

En la última década de su vida dejó de beber, comenzó a tener cierto éxito en su actividad como dibujante y pintor (con exposiciones internacionales en España, Cuba y Yugoslavia), hasta que la muerte lo alcanzó.

Su escasa producción poética se encuentra dispersa en las revistas del grupo hispanomexicano (y en algunas otras, como *Senderos*), en la *Antología Mascarones*, en algunos periódicos de Yucatán y de la ciudad de México, así como en manuscritos sobrevivientes en manos de la familia y algunos

amigos suyos (pp. 66 a 68).

Arturo Souto declaró en 1954 la existencia de un «inminente» poemario que nunca publicó: «Su libro *Poemas a la Muerte* reúne sus mejores versos, o más bien dicho, sus mejores versos recopilados, pues ha perdido gran número» (Arturo Souto. «Nueva poesía española en México (11)», en *Ideas de México* (México, D. F.). Septiembre-diciembre de 1954, núm. 7-8, p. 35).

Transcriben también una nota curricular inédita, escrita por el mismo Burgos, significativa por los escasos datos que del poeta nos han llegado y porque pone en evidencia el trabajo de recuperación que aún queda por hacer en casos como los de este pintor-poeta tan apasionado como ninguno en las historias de la literatura y de las artes plásticas españolas: «Inocencio Burgos se formó como dibujante y pintor en México. Trabajó en el taller de los pintores Vlady, Bartolí y Héctor Xavier, donde se hizo de conocimientos amplios por lo que respecta a laboratorio.

Ha hecho obra muralística amplia en lugares como: Centro Nocturno Santa Cecilia de México, D. F. –Garibala– (22 murales desmontables en acrílico; 18 en herrería), Restorán “Le Mans” (12 murales desmontables en acrílico) y en otros centros y casas particulares; 8 vitrales de 70 x 2.20 m. en la casa de Ramiro Sansores; 4 en las oficinas del arq. Zacarías Martín y para empresas como Tamés S. A. sumando en total 64 vitrales. Cuenta, por otra parte, con las carreras de: Filosofía y Letras Españolas. Actualmente, tiene 46 años de edad. Es maestro de Historia del arte, dibujo y pintura del Colegio de Bachilleres, en México, D. F.» (Inocencio Burgos, «Inocencio

Burgos se formó...», *Ms. inédito*, México, ca. 1977).

Podemos comprobar la calidad de su poesía en la última tirada de versos (un fragmento) del *Corrido a Emiliano Zapata II*:

A pesar de estos días tan cargados de urbe,
me ocupas como el silencio me ocupa las soledades vacías.

Desde muy lejos
te perteneces;
eres fuerte hasta el final.

Todo menos la muerte
se acerca a ti

y a veces gruñes. Te remachas de azul
después de la madrugada.

Estás meditando algo y te lo oigo. Sí. Pero
mucho depende de cómo guardas los poemas.
Aún el lenguaje junta los blancos pañuelos
¡Míralo!

roe dentro de las palabras
el silencioso cortejo:

hay formas de poder que caen lánguidamente.
Extinguióse antes, el aldabonazo de las horas
Sombrías (p. 96).

O a través del poema en prosa «¡Arde España...!», que dice así:

Son trampas y cárcel. Y después de todo resulta cosa tan pesada que se enredan de arriba abajo. Con qué crimen se juntan vuestros barrotes ilegales.

Afuera, encerrados en altas paredes de ladrillo, una porción de seres y palabras con su sola resonancia miran con envidia desde el suelo.

Todos los días y por un instante permanecen en postura de crucifixión. Son equis adentro con vein-

te o treinta toneladas de crimen gesticulando en la entraña parda.

Más increíble me parece su vida, los hechos, las cosas por ellos horriblemente complicadas. Están miedo pero ni el más leve sonido sale de los labios.

Los miro, sí, miro la redoblante mentira. Y el asqueroso procedimiento consiste ni más ni menos que en el funcionamiento hábilmente sincronizado.

Calentándose en el invierno, enrojecen hasta las orejas cuando me colocan las trampas. Y frotándose las agudas y siniestras manos a fuerza de querer torturarme, los miro gatos sobre la tapia a la luz de la luna.

Millares de detalles –labor realizada con paciencia y diligencia– yacen ante mí.

El camino de la montaña es a veces empinado, pero el aire allí puro y desde la cima contempla los bellos horizontes.

Las cosas que importan realmente acontecen en Origen.

Esta parte del mundo –imperialismo y sociedades de consumo– tiene un miedo atroz a las represiones y sin embargo sus esculpido relieves están dorados y bruñidos.

Y los que vigilan –aquí, allá y acullá– empiezan a descubrirse síntomas parecidos a los que se ven en sus cámaras de tortura. Sueñan constantemente en pozos, y a veces que suben escaleras. Inquietante. Síntomas hartos claros. [21–VII – 78], (p. 96).

Igualmente es interesante (y un descubrimiento para la que realiza esta reseña, como ya he señalado más arriba) la biografía de Alberto Giromella, nacido en México, hijo de padre catalán y madre yucateca... Dicen López Aguilar y Vega que este hecho (que puede aplicarse también a

otros hijos de exiliado español y mexicana, con pequeños matices y diferencias por el hecho de haber nacido ya en México o no, como es el caso del dramaturgo, poeta y director de teatro, José Ramón Enríquez, hijo de Enríquez Calleja) obligaría a preguntarse desde el rigor crítico preguntas que ellos muy atinadamente responden, insistiendo en argumentos esbozados ya en su introducción:

¿por qué incluirlo entre los escritores hispanomexicanos si, incluso, nació siete años antes de la guerra civil? Me parece que la respuesta es simple: perteneció a la Generación del Medio Siglo Mexicano, fue compañero de los hispanomexicanos en *Mascarones* –donde pretendió estudiar la carrera de Letras Hispánicas– y fue uno de los colaboradores más asiduos de las revistas hispanomexicanas: tal vez, junto con Burgos, se trate del único autor que publicó en todas (menos en *Hoja*). Su condición es estrictamente mestiza, pero no deja de ser cierto que su característica medio española y medio mexicana se asemeja, de otra manera, a la de los hispanomexicanos: éstos también fueron desarrollándose dentro de un mestizaje que terminó por hacerlos medio mexicanos, medio españoles.

Comenzó a escribir poesía y textos narrativos en su juventud –todo lo cual sólo se publicó en revistas–, pero al final abandonó la tentación de las letras por la vocación de la pintura, donde hizo una trayectoria ilustre desde su primera exposición (1952). Sin embargo, siempre mantuvo una especie de ubicuidad entre ambas artes, lo cual se muestra con sus amistades en ambos medios. Fue amigo de Octavio Paz y Carlos Fuentes, para quienes hizo portadas y colaboraciones, como en

la revista *Vuelta*. Como información anecdótica valga agregar que era muy afecto a la ingesta de vino, que era una persona de humores cambiantes y podía pasar de la afabilidad a la irascibilidad. Vivió en San Ángel y en una casa de Valle de Bravo conocida como la Casa de Gironella (p. 111).

Veamos de nuevo una mínima parte de los poemas seleccionados de este autor, como la primera parte del titulado, tan en la onda de otros poemas escritos por los poetas exiliados en México, *Elegía española*. Este poema es un emotivo homenaje al símbolo de todos los refugiados, *León Felipe*, a quien está dedicado:

Libre de sangre y de espacio,
definido como se define
el grito ahogado en sangre.
(El grito ahogado en sangre
es mi testamento).
Minarete alto, erguido en el borde
del mundo, en una de las viejas
jorobas de la vieja terra,
que sigue sangrando
por esa vieja herida.
¿Quién resplandece de sangre?
¡Contestad! Responded envueltos
en vuestras noches asesinadas,
seducidas con vuestros adiestrados buitres.
y aunque yo continúe, quizá pueda
reunir las estrellas en un saco
y crear mi órbita
en donde no habrá blasfemia
posible, ni mitras, ni botas.
y desde lejos, apenas como un
reflejo, me legará la cicuta
en coros, envuelta en toda su magnitud



de sombra.
y seguiré fiel a mi órbita,
desterrada de armonía, sin eje.
Rodaré con mis estrellas al hombro
viendo, después de huido
del terrible cuerpo,
cómo los pequeños cementerios
se tornan grandes, con lápidas
sin nombre de soldados y héroes
asesinados cara al cielo.
Y desde aquí, libre de sangre
y espacio, montando en la
cabalgadura amarilla, veré
a las catedrales escupir murciélagos
y en los castillos, fuertes y cuarteles,
a las tristes figuras de plomo
y estaño, con su pavor al
silencio y al intermedio
entre batalla y batalla,
con su sabor a martirio
ya cuerpo blanco que se hunde
entre violetas podridas (pp. 118-119).

Finalmente encontramos un buen ejemplo de que los símbolos y paradigmas patrios han quedado grabados a fuego en la ausencia. Dice en *El toro herido*:

Sangra a flor de piel, sangra
estrellas huecas con estructura
de corona blanda.
Sangra el toro en su prado
sacudido por furiosos
e iracundos fantasmas guerreros.
Sangra el toro, encerrado
en su círculo seco y amarillo,
con sus herencias de ojos

ávidos y codiciosos de entrañas.
Los buitres cuelgan del cielo
como matrimonio de vampiro
en los espejos y en la espalda del hombre.
El toro sangra con sus ojos
de vino espeso, y sus pezuñas
abiertas, se hunden
abiertas se hunden
en el fango de la carne
podrida de las víctimas.
El cielo crece sin límites
con sus estrellas y sombras fugitivas.
¡Qué belfo tan blando y tierno
cubierto de coágulos! Los cuernos
son piernas gemelas, con las
ingles cercenadas por el lirio
y el rito de los buitres (pp. 119-20).

Muy poco conocido en España y en México es también Víctor Rico Galán (El Ferrol, 1928-Ciudad de México, 1974):

que «salió de Galicia con su familia, rumbo a Portugal, desde donde se embarcó hacia Nueva York, antes de llegar a México, en 1940. Aquí estudió en la Academia Hispano-Mexicana; luego, comenzó los estudios de Economía en la Facultad de Economía, de la UNAM, pero terminó haciendo la licenciatura en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras, de la misma institución.

Desde joven se dedicó al periodismo y se interesó por los temas políticos. Se destacó por su radical compromiso con la izquierda. Fue detenido el 12 de agosto de 1966, acusado de los delitos de conspiración, incitación a la rebelión, asociación delictuosa y acopio de armas (es decir, lo contenido en los famosos artículos 145 y 145 bis, del

Código Penal mexicano de los años sesenta, relativos a la “disolución social”), junto con otras ocho personas. Como David Alfaro Siqueiros y José Revueltas, estuvo preso en Lecumberri (donde firmaba las cartas con “Desde el Territorio Libre de Lecumberri”). Salió libre el 3 de marzo de 1972.

Fue profesor en la UNAM y colaboró en las revistas *Impacto*, *Sucesos*, *América* y *Siempre!* Escribió poesía, cuento, reseña y ensayo, pero casi toda su obra de creación literaria se encuentra dispersa, perdida o destruida» (p, 127).

Más conocido en España, aunque pocos lectores se atreven con sus magníficas novelas, muy poco editadas, es Roberto Ruiz, el cual, resumen sus antólogos:

salió de España en 1939, y pasó por Francia y Santo Domingo antes de llegar a México, donde estudió la carrera de Filosofía en la UNAM y vivió hasta 1952, fecha de su partida a Estados Unidos. Fue uno de los colaboradores y animadores asiduos de la revista *Presencia*, donde publicó su único poema conocido, pues su trabajo como creador se ha orientado hacia la narrativa y el ensayo. Ha impartido clase de lengua y literatura española en el viejo Mexico City College, en los colegios norteamericanos Mount Holyoke, Hunter, Middlebury, Dickinson y Wheaton, y como profesor visitante en Harvard University.

Ha publicado, además de numerosos relatos, artículos y reseñas en periódicos, revistas y antologías de América y Europa, *La ética de Saint-Exupéry* [tesis de maestría] (Ediciones Presencia, México, 1952), *Esquemas* [cuentos] (Bajel, México, 1954), *Plazas sin muros* [novela] (Ediciones de

Andrea, México, 1960), *El último oasis* [novela] (Joaquín Mortiz, México, 1964), *Los jueces implacables* [novela] (Joaquín Mortiz, México, 1970), *Paraíso cerrado, cielo abierto* [novela] (Joaquín Mortiz, México, 1977), *Contra la luz que muere* [novela corta] (Las Américas, Nueva York, 1982), *Juicio y condena del hombre nuevo* [novela] (Edición de Castro, La Coruña, 2005) e *Ironías* [cuentos] (Fundación Jorge Guillén, Valladolid, 2006).

Roberto Ruiz (Madrid, 1925) es un autor muy valioso que no ha encontrado aún el lugar merecido por su intensa y renovadora obra y por su trayectoria. Es un escritor vocacional (escribe también en francés e inglés) que resiste contra viento y marea, como una de sus poetas preferidas, EMILY DICKINSON, a la que dedica el siguiente poema, *Glosa tanato-erótica*:

Como yo no podía esperar a la muerte,
la muerte, amablemente, se detuvo por mí.
Un resplandor de lirios iluminó mi senda;
un arco de violetas me salió a recibir.
Del brazo de la muerte, como para una boda,
Crucé a pasos medidos el sombreado umbral,
y en la clara penumbra del blanco camposanto
deshojé los capullos de un ramo de azahar.

Oigamos también su poema *El benefactor*:

Ser el benefactor de la Patria
es bastante molesto
los uniformes dan calor
las condecoraciones pesan mucho
y los secretarios me traen a la firma
montones de papeles
que firmo sin mirar



no puedo fiarme de nadie
sólo de Prisciliano
mi bufón
consejero
y guardaespaldas
hay conspiraciones por todas partes
me hablaron de una que había en la sierra
y mandé fusilar
a cuarenta o cincuenta serranos
me hablaron de una que había en la costa
y mandé fusilar
a cincuenta o sesenta costeños
ahora me hablan de una que hay en la capital
y no sé si tendré que deshacerme
de cincuenta o de cien capitalinos
a este paso
voy a quedarme solo
con Prisciliano como súbdito único
a no ser que él también se me subleve
me pegue cuatro tiros
y se alce con el santo y la limosna

O su *Elegía*, en cuyo epígrafe de entrada escribe las siguientes palabras escritas por otro de los poetas que fue faro y refugio de nuestros republicanos derrotados, «César Vallejo ha muerto»:

Ese día no pasará nada excepcional
el sol saldrá por donde siempre
los banqueros consultarán sus cifras
a menos que sea domingo
y los niños irán a la escuela
a menos que sea verano
no se vendrán abajo
las murallas de Jericó
y las placas tectónicas
volverán a aplazar el terremoto

habrá lágrimas en tres o cuatro casas
o quizá no
y un pequeño diario de provincias
llenará una columna de trivialidades
tal vez en algún rincón del mundo
en una biblioteca
o en un bar
dos individuos cambien impresiones
Roberto Ruiz ha muerto
¿Roberto Ruiz?
me suena
¿no es el corredor de Fórmula Uno?
no no
éste no corre
escribe
o escribía
entonces no tiene importancia
escritores hay muchos
centenas de millar
y todos dicen
más o menos lo mismo (pp. 160-162).

Para terminar esta reseña solo quiero mencionar que la colección «Los ríos que dan a la mar» ha publicado hasta la fecha otros tres libros, anteriores a *Sextante*, con idéntica intención de recuperación y reconocimiento, pero en este caso dedicados a un solo autor de la generación que nos ocupa. Estos son:

-*Laurel. Poesía completa* de Manuel Durán, autor y profesor que se ha dedicado también con primor a la edición y que está felizmente jubilado.

-*Paisajes transitorios. Poesía reunida* de Federico Patán.

-*En el umbral del tiempo. Poesía compilada (1946-2012)* de Enrique de Rivas, hijo de Enrique de Rivas Cherif y sobrino de Manuel Azaña, que vive

actualmente entre Roma y México y que también ha escrito valiosas novelas y libros de memorias.

El proyecto de recopilación de materiales poéticos dispersos o de difícil localización está en marcha. Sí se ha logrado con Carlos Blanco Aguinaga, Inocencio Burgos, Manuel Durán, Alberto Girone-lla, Francisco González Aramburu, Federico Patán, Víctor Rico Galán, Enrique de Rivas y Roberto Ruiz, está ya a punto de salir a la luz, según reza la solapa de la cubierta de *Sextante*, la obra de la gran poeta Nuria Parés (UNAM) y la de César Rodríguez Chicharro (UV).

Pero los que impulsan este loable proyecto (antólogos de *Sextante*, la Maestra Gabriela Paloma Ibáñez Villalobos, rectora de la UAM-Azcapotzalco, Dr. José Alfredo Sánchez Daza, director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, y de Carmen Tagüeña, presidenta del Ateneo Español de México) también tienen el deseo y la voluntad de poder recuperar y reunir la obra poética de, al menos, Jomi García Ascot, Francisca Perujo, Tere Medina, Aurora Correa, Martí Soler, Josep Rivera y Gloria Rodríguez de Álvarez, que esperan que estas iniciativas editoriales consigan sinergias y sigan prosperando.

Desde España esperamos ilusionados que dichas iniciativas lleguen a buen puerto y alentamos a sus impulsores y gestores a no desfallecer. Las nuevas generaciones de lectores, de hispanistas y de historiadores lo agradecerán.

Y ojalá México y España sigan yendo siempre de la mano en estos menesteres literarios tan necesarios y reveladores. ■

Teresa González de Garay

De él es la aurora

Royo, Vicente. *Diario Abierto*. Ediciones Era/El Colegio Nacional/Universidad Autónoma de nuevo León, 2013.

Cuando Vicente Rojo (Barcelona, 1932) narra su autobiografía, se dan dos imágenes especialmente estremecedoras. La primera es la del niño de cuatro años a quien, en su primer día de escuela, le amarran la mano izquierda para obligarle a utilizar la derecha. La segunda y todavía más terrible, es la del mismo niño con apenas siete años, que «con gran zozobra y el corazón adolorido» ve salir por la ventana del quinto piso del edificio donde vivía con su familia el piano en el que sus hermanas solían estudiar. La familia, por sus penurias económicas «después de una derrota bélica cruel e injusta», se ha visto obligada a vender el instrumento. Escribe Vicente Rojo que, «setenta años después, ese niño piensa que a lo largo de toda su vida su afán más profundo, la raíz de sus desvelos, siempre acompañada de papeles y lápices de colores en las manos, ha sido recuperar ese piano». Efectivamente, esa pulsión indagatoria que lleva al artista a volver tantas veces sobre el mismo punto hasta encontrar el mensaje que se está buscando ha marcado toda su obra pictórica y también la escultórica, aunque reconoce que en esta última resulta más difícil volver sobre una obra que previamente ya se había considerado acabada.

Algunas de estas escenas autobiográficas fueron recogidas en su discurso de ingreso en El Colegio Nacional de México, en 1994. Más tarde, rigurosamente coherente, Vicente